

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 26 - n.º 28
e-ISSN: 2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Iván Romero / *Paisaje de invierno IX* / 2020 / acrílico sobre lienzo / 140 x 130 cm

Cuento

¿Afrodescendiente yo?

Rubén Darío Jaimes¹

Universidad Simón Bolívar, Venezuela

rdjaimes.m@gmail.com / rjaimes@usb.ve

Olalla Andrade mandaba sus pensamientos por delante de sus pasos, saboreando todavía los almíbares de una exquisita velada con Vicario Sánchez. El golpeteo muy seguidito de sus tacones sobre la banquetta aceitosa se multiplicaba a lo largo de la vereda como asustadizos roedores que se disolvían al atravesar cualquier sombra proyectada por la luna. Cada cierto tiempo, una andanada de luz blanca escapaba de su dentadura cuando una sonrisota se le escabullía de los recuerdos más recientes. Si alguien estuviera en el otro extremo de la vereda, seguramente percibiría una presencia fugaz, intermitente entre claro y claro de la noche, los de la luna y los de su sonrisa. Solamente el ruido de los pasos brindaba la certeza de que alguien se acercaba ensimismado. Olalla permanecía ingenua de cualquier imponderable del camino, seguramente confiada de la protección que le brindaba Ogún Balendyo. Por esa razón había rechazado al pretendiente la escolta ofrecida galantemente, porque era innecesaria, que ella se llegaría sola hasta su casa, que al fin y al cabo quedaba muy cerca; y también sabía ella que con ese gesto se hacía desear un poquito más, lo cual era muy conveniente, según le habían aconsejado sus cartas. Porfiada como era, se dejaba acompañar únicamente por su voluntad a esa hora de la madrugada. ¡Ah, tan buenmozo ese Vicario! ¡Como pa'sacale cría y mejorá la raza! –y las aguas bautismales se le alborotaban secretamente en su intimidad, pero prefería aguantarse las ganas y esperar un tantico más. Bajo el brazo, acomodaba un poco mejor el bolso donde venía su dinero bien arrebutado. Primero había contado cada billete uno a uno, sin atropellarlos, sumando en su mente, luego los cuadró encima del mantel carmesí de la mesa de consulta, introdujo el fajo dentro de una bolsita de papel, la envolvió con un pañuelo rojo y finalmente prensó todo con una banda elástica y una poderosa oración; mas pensaba que la mayor protección del producto de la jornada estaba a cargo del amuleto que ella misma había montado en fecha propicia y sagrado ritual con la ayuda del “Viejo”. Así solía llamarlo, el Viejo, cuando el asunto estaba dentro del círculo personal o de sus amistades más queridas; y también solía nombrarlo con el otro apelativo de Santiago Matamoros, cuando ella presentía que su consultante requería identificar el mayor abolengo de aquel espíritu tan reclamado para guerrear; aunque a ella le

1. Rubén Darío Jaimes Martínez (Caracas, 1964) es narrador, crítico literario y profesor titular jubilado de la Universidad Simón Bolívar en Caracas. Tiene publicados los libros de crítica literaria: *El imaginario del muy diablejo* (El perro y la rana: 2007), *La historia desde el capricho o los caprichos de la historia* (Fondo Editorial del Ipasme: 2011) y *El delicioso arte de trocar la historia* (Equinoccio: 2018). También cuenta con el libro de cuentos *Por el aroma yo lo sé* (Equinoccio: 2009). Tiene inédita una novela histórica y un libro de ensayos y actualmente adelanta la escritura de una novela y un segundo libro de cuentos. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4756-2049>



¿Cómo citar?

Jaimes, R. “¿Afrodescendiente yo?”.
Contexto, vol. 26, n.º 28, 2022, pp. 331-337.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

gustaba más bien usar el nombre de Ogún Balendyo, cuando lo previsto por el tabaco debía sonar de lo más sentencioso o cuando requería invocar su manifestación más incandescente. Ogún Balendyo, Santiago Matamoros y el Viejo era clara u oscuramente, según se perciba, una Santísima Trinidad de cierta manera. Las estrellas y la Luna, por no incluir a los otros habitantes de las altas esferas celestes, seguían reacomodándose en el firmamento de aquella noche, procurándose un palco para asomarse entre los parches que dejaban entrever las nubes apuradas y que impedían enterarse verazmente de lo que estaba por suceder. En un desplante de suprema altanería, estas se cerraron por completo para impedir cualquier intromisión celestial. Toda la vereda quedó para Olalla como una boca negra y amenazante.

El oscurecimiento pleno y sorpresivo detuvo a la negra de sopetón a media vereda. Sintió erizarse su piel al reencontrarse con aquel recuerdo de la niñez, el mismo que había depositado en el fondo de su maleta apenas bajó del avión en esta tierra nueva.

—Mami, no quiero ir. ¿Por qué siempre tengo que ir yo a buscarlos entre tanta oscuridad, si yo soy tan chiquitica? —y la negrita se batía no con altaneros brazos en jarras, como era muy frecuente en ella, sino con un encogimiento suplicante de misericordia para consigo misma, como si quisiera con aquella postura resumirse más y más, volverse insignificante, hacerse ínfima, saberse minúscula, diminuta, para poder perderse en la inmensidad de la nada.

—Precisamente porque eres chiquita y, sobre todo, porque eres negrita negrita, como tu muñeca —le respondía amorosamente su madre al tiempo que el corazón acometía para desbordarla en llanto, pero tomaba una respiración profunda, le alisaba la faldita de flores multicolores a su hija y proseguía— Porque Dios quizás te dio ese color tan bonito para cumplir este destino.

Hacía varias semanas que los *marines* habían desembarcado en Santo Domingo con sus humanidades apolíneas bien apertrechadas con promesas de libertad, democracia y libre comercio. Invadieron con sus cabellos rubios y con sus dientes rubios, como bien pudiera pregonar un cantante panameño. Estos gringos arribaron dizque a remediar los desmanes producidos por un cuentero de piel quebrada, que había logrado embaucar a tanto ignorante de la isla con su verbo altisonante hasta hacerse presidente del país. Después devino el tradicional *coup d'état* de una Junta Militar para restituir el orden, que derivó en mayores calamidades y que daría paso a su vez a otra insurrección para reponer a Juan Bosch en el poder. Entre quienes defendían a la Junta y quienes pugnaban por la restitución de Juan Bosch en el gobierno se colaron cuarenta y dos mil rubicundos ángeles salvadores, que no hablaban pizca de español ni de *patois*, pero que sin necesidad de mediar palabra alguna disparaban con sus fusiles y desechaban los cadáveres de los soldados levantiscos en el fondo de una hondonada en la ciudad de Santo Domingo. Aquella sima abría sus fauces inmensas cada noche. A intervalos discontinuos escapaban murciélagos que revoloteaban

con formas de ayes y lamentaciones de quienes habían sido arrojados allí, dados por muertos, sin tener todavía vocación de difuntos.

—Olallita, mi amor, solamente tú puedes ayudar a esos infelices moribundos—le suplicaba su madre con la mirada, aun sabiendo que en aquella petición se le iba también la vida.

—Pero me da mucho miedo cuando esas luces comienzan a buscarme entre los matorrales —y la negrita se recogía en un gesto con sus manos sobre sí misma.

Olallita sintió por un momento que no podría atravesar la alambrada de púas que habían instalado los *marines* para evitar el paso al lugar de alguna persona no autorizada. En ese momento ella podía decir con exactitud dónde estaba agazapado cada grillo, escarabajo, lagartija, ciempiés, alacrán y cucaracha conchuda del monte. Los vigías gringos atasajaban la noche con sus reflectores, rastreando, buscando minuciosamente un pretexto para disparar. La alambrada marcaba con exactitud los linderos de la necrópolis establecida por órdenes directas del Pentágono. Olallita se impulsaba un poquito más con los talones y sus ropitas se embebían de un barro sanguinolento, que resultaba dulzón al paladar y amargo a las entrañas. Apretaba contra su pecho con devoción suprema esa manta que su madre le había encargado llevar consigo. Aquella prenda podría significar una vida más, aunque la suya podría ser contada como una menos, si la descubría un *marine* francotirador. Se detenía para cederle paso a otra cuchillada de luz que seguía rumbo al ruido que se escuchó del otro lado de los matorrales. Una rata inmensa como un jabalí saltó sobre ella para guarecerse también del peligro. Pasado el susto, pudo percatarse de la complicidad establecida entre la profunda noche y su negrísima piel de suave muñequita de trapo con cabellos de enroscada lana gruesa. La niña aguzó al máximo el oído, pudo diferenciar el ulular de un ave lúgubre de otro ruido, asomado apenas en el umbral de audición, un lastimero sonido de localización incierta. Se encomendó como le había enseñado la abuela Aura, «Ya sabes, Jesús sacramentado adelante y tú atrás» —recordó el ademán sagrado de la abuela que le indicaba el rumbo con la palma recta de la mano siguiendo a la otra que la precedía en el gesto y agregaba— «Y tú allí, pegadita a Jesús». Olallita se persignó y partió como un gusanito que se impulsa con su cuerpecito hecho miedo entre el lodazal, encorvándose una y otra vez hasta aproximarse hasta el moribundo, que con sus lamentaciones había competido con las otras nocturnas criaturas del monte.

Olalla recordaba, como si lo hubiese catado apenas ayer, el característico sabor de la muerte, que era idéntico al de la vainilla, que se cree que se paladea pero que en realidad se huele.

—¡Sentí su olor en la boca, mamita. En la boca. Te lo juro, mamita linda! —y la niña no decía más sino que se apretujaba entre sus brazos como queriendo incrustarse nuevamente dentro

su vientre materno y desprenderse al mismo tiempo de toda esa sangre que la envolvía, sangre de muchos y sangre de nadie al mismo tiempo.

Olalla viró la cabeza suavemente, husmeando entre la oscuridad de la vereda el origen de ese olor tan conocido, tan característico e irrepetible, el mismo que la impregnó aquella vez en la hondonada. Cerró los ojos y quiso que su piel tuviese ampollas hipersensibles como las de los tiburones, que les permiten detectar la posición de sus presas. Ella las necesitaba para descubrir entre las sombras aquella presencia que la reclamaba con urgencia, que la llamaba. La memoria la trasladó a un pasado todavía más remoto, y es que la Mnemosina es traviesa por añadidura. Olalla hubiera querido hacer como hizo su padre en aquella ocasión desesperada.

—¿Te gusta el moro dominicano, Olallita? —le decía su padre mientras le acercaba la cucharadita a la boca. Ella estaba sentada a goce pleno sobre el fornido muslo de él. Encima de la mesa, dos platos de comida: el de él, en resguardo para cuando terminara de alimentarla a ella; y el de ella, que se movía a cada nada sobre el mantel de hule estampado con frutas tropicales. Bajo la mesa, Dios conmigo, el único perro en muchos kilómetros a la redonda— Algún día te voy a dejar un don que me dio mi madre. —Al padre le gustaba darle la comida a su pequeña en esa mesa afuera de la casa, porque le daba sensación de libertad y plenitud.

Apenas levantaba la noche su carpa desde el horizonte, cuando Dios conmigo saltó erizado como una bestia mitológica, ladrando con una furia inusitada. Del boquete de la puerta de la casa rural salió la madre, que en un solo movimiento tomó la niña en brazos, los platos, los cubiertos y se introdujo nuevamente en la casa, para no dejar señal identificable. Del padre, nadie supo qué hizo. De entre los matorrales, cubriendo el perímetro de la casa, surgió un contingente de soldados del dictador Rafael Leónidas Trujillo, que tenía como única misión la de capturar vivo o muerto al proscrito. Habían vigilado la casa y no les quedaba duda de que lo tenían rodeado. No tenía escape posible. Empuñando sus fusiles, avanzaron por el escampado, cerrando el círculo y muy seguros de la efectiva emboscada. Entraron en tropel y con aquel derroche tan propio de los militares.

—¿Dónde está su marido? —y uno de los soldados amenazó con descargar un culatazo del fusil sobre la cara de la mujer, quien sin dar el menor rastro de alteración respondió al requerimiento. De la niña no se esperaba ninguna respuesta, porque a todas luces todavía no hablaba con palabras.

—Aquí no está —abrevió la madre en la respuesta para no dejar algún cabo suelto.

En las habitaciones se escuchaba el ruido de los enseres del hogar volteados con patadas y manotazos. La madre salió de la casa para cerciorarse de que su marido no había sido prendido por los militares.

—Sabemos que está aquí. Lo vimos. No crea que somos pendejos –al oficial se le encendía la mirada con una refulgencia avivada por la imposibilidad de poder concretar con hechos lo que sus palabras aseveraban.

La madre solamente se encogió de hombros como murmurando con el gesto “Si usted lo dice, así será”. Revolvieron hasta las ánimas y no encontraron al hombre. Cuando el oficial desenfundó el revólver y lo puso en la sien de Olallita, para obligar a la madre a delatar a su marido, el gruñido de un segundo perro surgió amenazante de debajo de la mesa. La mujer y la niña vieron que junto a Dios conmigo había un perro negrísimo con unos ojos que parecían más de humano que de fiera. El oficial también lo vio con inquietud.

-No hay nadie más en la casa, mi capitán, y nadie ha burlado el cerco.

-Otro día será –con resignación desmontó el gatillo, enfundó el arma y ordenó abandonar la propiedad.

Olalla hubiera querido esa noche metamorfosearse como el compañero de Dios conmigo, para gruñirle a la muerte una vez más, para desenmascararla en su emboscada traicionera, sobre todo ahora que había conseguido un hombre que le interesaba más de lo que alguna vez pudo soñar.

—Por aquí, por aquí — apenas un susurro se percibía como brisa proveniente de entre unos rastros. Olallita no podía verlo, aunque lo escuchaba, porque el soldado era tan negrito como ella. El gusanito ajustó el rumbo para acercarse al suplicante, quien perdió toda esperanza cuando vio que su salvadora a lo sumo tendría ocho años. Miró con resignación las heridas que lo martirizaban en un costado y en la pierna, se quedó como interrogando el firmamento acerca del destino final de su alma y fue desvaneciéndose en un pozo todavía más profundo. Parecía destinado a ser enterrado al día siguiente, cuando la pala mecanizada *Caterpillar yellow* lo cubriera con tierra húmeda de lágrimas. Entonces alcanzó a decirle:

— Me llamo Esculapio Rendón y mi mujer se llama... — balbuceó un nombre ininteligible y agregó luego de tragar la sequedad que lo martirizaba- Búscala y dile que morí como un valiente. Invéntale una historia bien bonita... para que se sienta muy orgullosa de mí.

—Te voy a sacar de aquí, si me ayudas un poquito —Olallita compensaba con voluntad lo que pudiera faltarle de fuerzas. Le infundió confianza al herido y lo trajo de más allá del Masacre, donde ya deambulaba solito y a pie. La niña extendió la manta, la acarició con las palmas de sus manitas más que alisarla y le pidió al herido que la ayudara a colocarse sobre la tela- Pon un poquito de tu parte y me ayudas a acostarte aquí. Así te puedo llevar arrastrando hasta la alambrada — y como si un tercer espíritu los hubiera asistido, Esculapio Rendón quedó tendido en el sitio indicado. Olallita desanduvo el camino, pero esta vez no era un gusanito sino una laboriosa hormiguita negrita que con cada resoplido bregaba para alcanzar el destino propuesto, antes de que el amanecer los delatara fatalmente. Las pausas

en el trayecto, causadas por los navajazos de luz que como sabuesos se detenían a ratos para olfatear las sombras de un sector específico de la necrópolis, hacían interminable el trayecto definitivo. Ya un despunte aclaraba tímidamente el horizonte, pero no, era una sensación producto de la fatigosa jornada.

-Déjame aquí, niña. Ya has hecho demasiado -Olallita lo miraba como queriendo voltearse y emprender la fuga, entonces se llenaba de su negrura más luminosa y redoblaba sus esfuerzos para salvar a aquel moribundo.

Olalla recordó que en esa ocasión quiso tener el poder de metamorfosearse como había escuchado en los cuentos de la abuela Aura, que no eran fábulas tontas para niñas bobas, sino que eran historias verídicas. Había un tal Antonio el bacá, quien había recibido la función de transmutador de su propia forma: un día emprendía vuelo como lechuza, otro se arrastraba como serpiente para tentar a las señoritas y al siguiente embestía como rinoceronte cegato. La niña quiso en aquel entonces ser fornido buey con aperos bien ajustados para emprender de un envión la salvación de Esculapio. Apenas hacía un rato que Olalla había tocado el tema de las historias de la abuela Aura como sobremesa con Vicario Sánchez. La sonrisa complaciente del mulato café con leche la había incomodado un tanto, pero habría que darle chance, dejar que se le disolviera un tanto aquel barniz racionalista moderno de la universidad. En algún momento el buenmozo disertó sobre las bondades de asumir la afrodescendencia sin complejos, con plenitud, al tiempo que degustaba su Amaretto.

- Ejercer la afrodescendencia, sin cortapisa -luego de aquella sentencia irrefutable, Vicario Sánchez pagó la cuenta, dejó una generosa propina sobre el platico, se levantó y como un siervo devoto de su ama, le quitó con suma gallardía el asiento a la dama para acompañarla. Olalla se vio halagada en extremo, como pudiera sentirse una legendaria reina etíope rumbo a su reconocimiento en el Foro Romano. «Ejercer la afrodescendencia, sin cortapisa» -quedó haciendo eco dentro de la cabeza, pero cuando detallaba el corpazo de su pretendiente, aquellas incomodidades tomaban rutas muy diferentes.

Olallita estuvo a punto de rendirse cuando presumió que el soldado había muerto. Acercó su mejilla lo más que pudo a la nariz del hombre y captó muy debilitado un hálito de vida. Miró sus manitas tiznadas de vida y las usó con todo su ser para por fin alcanzar la alambrada, antes de que llegara la aurora. Cuatro brazos salieron de los matorrales y terminaron de sacar al hombre para salvarlo. Su madre le lavaba su rostro con lágrimas y la premiaba con besos, arrumacos y bendiciones por haber salvado otro cristiano más durante esa jornada. Así sucedió durante incontables noches, hasta que se acallaron aparentemente los lamentos de los moribundos. Con el tiempo, se fueron los gringos y quedó gobernando el hambre y la carencia.

Olalla escuchó claramente el ruido detrás del muro, cuando cayó un objeto metálico al suelo. No le quedaba duda alguna, la muerte le tejía de nuevo una celada, quizás la

definitiva, la de verdad. Las rodillas se le ablandaron bruscamente y una mortaja fría la bañó de improviso. Buscó fortalecerse con las imágenes gratificantes y halagadoras de la velada, recurrió a la frase que le ofrendó Vicario Sánchez: «Ejercer la afrodescendencia, sin cortapisa». Tal vez –pensó, pero la sentencia no la ayudaba a dar un paso más. Entonces recordó a su madre contestando con firmeza al oficial, sin amedrentarse; a su padre amoroso, gruñendo como burla más bien desde debajo de la mesa, junto a Dios conmigo; de la abuela Aura, transmitiendo los hechos verídicos de Antonio el bacá; se vio nuevamente sus manitas negras arrastrando a Esculapio Rendón hasta la vida, contra toda adversidad insuperable; sintió la presencia del Viejo, que nunca la desamparaba; y fue entonces cuando se preguntó a sí misma con sinceridad:

— ¿Afrodescendiente yo? ¡Como nie! Negrita y rechincha, sin cortapisa. — Entonces rezó con voz firme — «Yo soy Ogún Balendyo y vengo de Los Olivos, a darle la mano al enfermo y levantar al caído» — y se reinició nuevamente el golpeteo muy seguidito de sus tacones sobre la banqueta aceitosa, Olallita avanzaba dispuesta a confrontar lo que propusiera el camino.